

CÓMO SE MATA A UN NIÑO PARA HACER UN HOMBRE

Asociación Antipatriarcal
San Sebastián

26 - Septiembre- 1989

Conferencias



AGC



Sigo en compañía con la Sociedad Antipatriarcal; que se llama así: algunos de ellos quieren añadir “en defensa de los niños” —tema que hoy nos toca directamente—, pero como se trata de una cosa un poco demasiado sagrada, lo niño, para incluirla en títulos, más bien suelo animarles a que se queden con lo de ‘antipatriarcal’, porque eso al menos es más claro: un patriarca, un padre y una madre... eso sí se sabe bien lo que son y no hay peligro de introducir definiciones donde no las hay.

Hoy se trata de explicar con la mayor precisión posible, y dedicándome a los procedimientos principales en uso (ya me ayudaréis en el coloquio con los que se me olviden y a aumentar la precisión), se trata, digo, de explicar cómo se mata un niño; ¿¿cómo se mata un niño?? ¿Cómo se mata un niño?

Tómese un niño tierno... Lo cual implica que tenemos que —por penoso que sea— atribuirle algunas condiciones; eso de tierno no basta, es demasiado vago. Aquello que se va a matar... me voy a limitar a atribuirle esta condición, también harto vaga todavía, de que esté vivo; parece que esto está incluido en el procedimiento: si no, no se le podría matar. Repito que esto de estar vivo pues... es vago, impreciso. ¿Cómo podríamos precisarlo? Diciendo que estar vivo quiere decir no estar muerto; porque, en cambio, como muerto sí se sabe bien lo que es, entonces tal vez por medio de la negación podemos llegar, no a una definición de lo otro —niño—, pero por lo menos a una especie de contradefinición, que puede irnos sirviendo para el caso.

Al niño no se le atribuye más que esta condición —hipotética por supuesto: a lo mejor nadie lo ha visto, nadie lo ha palpado— esta condición de que no esté muerto. ‘Muerto’ quiere decir, por supuesto, definido, encerrado entre las cuatro tablas de una definición, constituido como siendo el que es... y todo lo que queráis añadir en el mismo sentido. Por eso decía que ‘muerto’ sí se sabe qué es; ¿cómo no se va a saber, si es precisamente lo definido, lo constituido, lo encerrado entre las cuatro tablas del ataúd, o sea de la definición? Eso sí se sabe lo que es, y tenemos que partir de que un niño no está así, no está así por las buenas, que por tanto hay que matarlo; y es el proceso de matarlo el que tratamos de explicar aquí.

¿Cómo se consigue que un niño muera, es decir, que quede convertido en algo que sí se sabe qué es, o sea esa cosa que se llama persona, séase un hombre adulto o una mujer adulta (que de momento para nuestro caso da igual, aunque insistiremos en la necesidad de que el proceso a su vez incluya una separación en las dos vías que vienen a parar en un hombre adulto y en una mujer adulta), pero, en conjunto, en una persona, alguien constituido, que se sabe qué es?

Pues bien, la primera operación —creo que se puede decir sin duda que es la primera— es la de darle nombre, bautizarlo de una manera o de otra. Se toma el niño que no se sabe lo que es, informe, apenas salido de las telas y aguas entre las que estaba envuelto en el vientre de su madre, se le toma nada más salir a la luz del cielo o tal vez desde antes de salir del vientre, y se le da un nombre; con frecuencia, antes de salir del vientre, ya se sabe que va a nacer Jorgito o Merceditas; y como había alguna dificultad —porque, como veremos enseguida, es preciso que los nombres tengan una clara distinción de género—, ahora que ya se puede predecir con un alto tanto por ciento de seguridad el sexo del nascituro, pues entonces no hay ningún inconveniente en atribuirle el nombre. ¡Qué digo yo antes de salir del vientre! ¡¡Incluso antes de la

concepción!!; porque puede ser incluso que ya los futuros padres se pongan de acuerdo para hacer lo que tengan que hacer con fines de tener un niño, y ya se pongan de acuerdo para tener a Estrellita el día de mañana precisamente. De manera que la cosa puede llegar muy hondo. Pero en fin, no nos metamos en eso de la concepción y de los llamados actos de amor y tal, porque sobre eso volveremos por la otra punta, si hay tiempo.

Lo cierto es que desde muy temprano, desde antes de nacer incluso, se aplica este procedimiento que es sumamente eficaz: dar un nombre. Porque un nombre propio es lo primero y el más firme constituyente de eso a lo que se llama persona; es decir, muerte del niño que vivía.

Tengo interés especial en insistir en que esto se produce casi necesariamente antes de que el niño —el futuro hombre o futura mujer— aprenda a hablar. Se le da el nombre antes de que haya entrado en él el lenguaje; éste es un punto muy importante. Es decir, que antes de que el niño o niña sepa emplear una lengua cualquiera, en la cual necesariamente hay entre otras cosas un implemento gramatical del tipo 'yo, me, mi, conmigo', un mostrativo que señala el punto donde está aquél que está hablando, antes de eso ya el niño o niña tiene su nombre. Hasta tal punto es así que en la mayor parte de los casos que he observado, cuando el niño está balbuceando, está aprendiendo a hablar, pasa por una fase en que todavía no sabe manejar el mostrativo 'yo', 'me', 'mi', 'conmigo', y que dice cosas del tipo "Mamá coge nene", donde se llama a sí mismo 'Nene'. Nene, por ejemplo, aunque no lo parezca, es un nombre propio; en la casa no hay otro nene y por tanto 'Nene', en ese estadio de la formación del lenguaje y del niño, es un nombre propio. Puede también emplear el nombre propio propiamente dicho, es decir, puede decir "Mamá cheche Pepito", pero que diga Nene o que diga Pepito es igual. Antes de saber manejar 'yo', antes de saber manejar 'me', 'mi', es frecuente que el niño ya haga referencia a sí mismo con un nombre propio del tipo 'Nene' o del tipo 'Pepito'.

¿Por qué tengo tanto interés en insistir en esta anterioridad en el proceso? Porque es que el manejo de 'yo', 'me', 'mi', 'conmigo' no sirve para nada en cuanto a fabricar una persona, en cuanto a matar al niño. Eso no sirve para nada por una razón que veis enseguida: porque eso es un implemento que está al alcance de cualquiera. Cualquiera que habla dice exactamente igual 'yo', 'me', 'mi', 'conmigo', y apunta hacia el sitio donde está hablando. Ya veis que esto es un instrumento perfectamente inútil para fabricar una persona; mientras las cosas sean así, uno es cualquiera, es decir que no es nadie personalmente.

Ésta es una gracia especial que tienen todas las lenguas del mundo: la de contar con ese implemento que apunta al que está hablando en el momento en que está hablando y que sirve indiferentemente para cualquiera y del que a nadie se le puede quitar el derecho al uso. Todos igualmente son 'yo', 'me', 'mi', 'conmigo', es decir, nadie. En esto se nota que el lenguaje, a diferencia de todos los otros instrumentos que vamos a ir examinando, que son instrumentos sociales y culturales, el lenguaje no lo es, sino que está por debajo de eso: no pertenece a la sociedad organizada, no pertenece a los padres y madres que van a matar al niño, sino que está por debajo de todo ello; es popular común, innominado. Eso no mataría al niño. Eso no lo dotaría de una personalidad, que es lo que estamos entendiendo por matar al niño. Eso no bastaría.

Es preciso el nombre propio. Y es tan ferozmente preciso que, antes de que el niño entre en el lenguaje o el lenguaje en el niño, el niño ya tiene su nombre. Es el primer cuidado que se le aplica y con el cual se le está haciendo ser alguien determinado, encerrándolo entre las cuatro tablas de la definición, que es la constitución de sí mismo como persona.

Una vez que se ha empezado por ahí, los procedimientos de que se dispone para seguir matando al niño son diversos, y me voy a fijar en tres áreas: una máximamente común y otras dos más especializadas. Empiezo por éstas:

Al niño se le educa. Se le educa. Así sigue la cosa. Al niño se le educa desde pequeñito. Ya sabéis que cuando el árbol está tierno es cuando hay que procurar ponerlo derecho, porque, si no, es muy difícil, como los moralistas de todos los tiempos no se han cansado de decir. Se le educa, y entre las formas de educación la más reveladora es aquella que se cumple cuando se le envía a la escuela, pero que desde luego ya de antes los progenitores y los demás adultos en contacto con él han empezado a poner en uso: la escuela es simplemente la culminación de todo eso. Eso consiste en responderle a sus preguntas antes de que las haga; éste es un truco de los más eficaces en cuanto a la muerte.

Efectivamente, si suponemos que el niño estaba vivo, eso quiere decir que no estaba todavía bien definido, bien constituido, y al no estar bien definido y bien constituido, eso quiere decir que era una fuente constante de dudas, vacilaciones, preguntas y formas diversas de no saber. La condición de no saber, y, por tanto, de preguntar y de estar hecho un lío, y de no saber si a derecha o a izquierda, si para arriba o para abajo, es propia de cualquier cosa que no es un ser bien constituido, como hemos supuesto que estaba sin constituir bien el niño cuando estaba vivo todavía.

Naturalmente, se estima que esto es un peligro grave. No olvidéis que estamos asistiendo a un proceso por el cual se consigue la muerte, lo cual nos hace suponer que la organización social (o como queráis llamarlo) que se encarga de este proceso, necesita la muerte como una condición indispensable. Por tanto, las preguntas son también amenazas de vida. El no saber es una amenaza de vida. El truco consiste en responderlas, por supuesto, cuando las plantea el niño, como Dios da a entender (da igual cómo se le responda: el caso es que se le haga callar, como bien sabe cualquier padre o madre: cuando el niño se pone a preguntar, en definitiva, la buena respuesta es aquélla que lo hace callar: no hay ninguna otra distinción fundamental: la que consigue que se calle en un momento, aunque sea por cansancio, ésa es la buena respuesta), pero, preferiblemente, en esta otra forma del truco que es responder antes de que pregunte.

Esto es lo que se empieza a hacer desde el principio y lo que culmina cuando entra el niño —ya a los 4 ó a los 5 años— en las instituciones escolares. Todo ello, y estas instituciones de una manera preeminente, están destinados a responder las preguntas que no se han hecho y por tanto conseguir que se avance en el proceso de mortificación, de muerte.

Este proceso se manifiesta —como todos sabéis, porque muchos de vosotros recuerdan de sus años escolares y sus años en los institutos y los años en la Universidad (o los

están padeciendo tal vez)— esto se revela, con frecuencia, en forma de eso que se llama aburrimiento. Es decir, al niño se le abre la boca. Al niño se le abre la boca, que es, como sabéis, la imagen misma del caos primigenio. La palabra griega *cháos* quiere decir, al mismo tiempo, 'bostezo' y 'caos': es el bostezo lo que los antiguos encontraron como forma para denominar eso. Es aquella indefinición, que se encuentra ya en abismo, en un trance desesperado de abismo, lo que se manifiesta cuando el niño les abre la boca desesperadamente a los adultos y a los maestros; muestra su desesperación de esa manera: aquello se va acabando, aquello está tomando literalmente (aquello que era mera indefinición, que no se sabía lo que era) está tomando la forma de caos, de abismo.

No importa mucho: se supone que también de bostezar se cansa uno; también de bostezar se cansa el niño; y se prosigue, ¿no?. Se prosigue, porque lo importante es que el niño asimile esta intimación de que aprender (y aprender saberes) consiste esencialmente en algo aburrido, en algo que no responde a ninguna pregunta interesante para él; algo que está impuesto desde fuera. Es esencial que él asimile esto, porque con ello asimila la noción misma de 'asimilación': asimila la noción misma de asimilación, que es esencial al Orden. El niño tiene que hacerse uno como cualquiera, pero determinado: tiene que ser uno entre todos. Ésta es la condición de su constitución: asimilarse; para lo cual hay que asimilar, y asimilar precisamente de esa manera: con aburrimiento.

De manera que no es de extrañar que aquellas curiosidades que algunos de vosotros pueden recordar, tal vez, evocando su infancia, aquellas curiosidades a veces devastadoras sobre la infinitud del cielo o el abismo sin fondo de la conciencia del bien y del mal en cada uno (que a un niño de 4 ó 5 años le asaltan y pueden llegarle a no dejar dormir) pronto —especialmente desde que la escuela empieza a actuar— queden anuladas.

Incluso aquello del lenguaje, que antes he contrapuesto al uso de los nombres propios, aquello que era popular, intenta sustituirse con elementos culturales. Al niño se le equivoca desde muy pequeño: se le quiere hacer creer que la lengua que se le daba gratuitamente y en la cual no manda nadie, con la que en cada momento decía 'yo', que era no ser nadie, esa lengua es en cambio una institución también, que los padres y los mayores le ofrecen y en la cual le ponen reglas. Este truco se practica, naturalmente, a través de la escritura (que la escritura sí es una institución cultural, a diferencia del lenguaje), y si al niño se le equivoca 'lenguaje' con 'escritura', se está ya consiguiendo una vía abierta para el engaño. Se le equivoca así. Es mentira: los padres no le han dado al niño el lenguaje. Ninguna autoridad, ningún Jefe le ha dado al niño el lenguaje: era la única cosa gratuita de verdad que había recibido, aquello que no era de nadie y en lo que nadie es nadie. Pero es importante también respecto a esto equivocarse al niño, hacerle creer que también el lenguaje es como la escritura y la cultura en general, una institución, y que se la ofrecen desde arriba, los mayores, los adultos.

No insisto más en este aspecto del proceso de matar un niño que simplemente culmina en la escuela, pero, por supuesto —repito—, padres y madres practican desde el principio, desde que el niño empezaba a ser capaz de recibir información.

A lo largo de toda la vida, por si todavía queda algo de niño con vosotros, se os va a seguir aplicando el procedimiento; se os va a seguir informando: informando de cosas que no se os había ocurrido pedir nunca; os vais a tragar todos los días una cantidad de imágenes televisivas y de hojas de prensa que nunca habíais solicitado, para las cuales nunca había surgido de vuestro corazón el menor deseo, de vuestra razón la menor pregunta; pero se os van a ofrecer, os las vais a tragar; os las tragáis todos los días. Por si con la educación en las instituciones escolares fuera poco, se perfecciona el procedimiento. Esto, tal vez, es una sospecha de que —porque no extrememos esta oposición entre adultos y niños— algo de niño a lo mejor queda todavía siempre vivo y peligroso; de forma que se informa para acabar con ello, se informa constantemente. Informar es 'conformar', en el sentido de la asimilación que antes he expuesto: es 'formar', en el sentido de constituir, conseguir esa institución fundamental de la persona, que es a lo que hemos llamado muerte.

¿De qué otras maneras, con qué otros procedimientos se mata a un niño?

Bueno, otro procedimiento es, por supuesto, aquél de que la institución de la familia se encarga por excelencia.

Parece que las cosas que no están muertas —como suponíamos, en principio, que podía ser ese niño al que se está matando—, parece que las cosas que no están muertas, pues sienten, pueden sentir. Pueden sentir. Sienten. No puedo explicar mucho más el verbo, porque me arriesgo, si trato de introducir definiciones, a estropear la cosa. Es un verbo aceptable, por su propia indefinición. Sienten, sienten: parece que es propio de las cosas vivas sentir.

Entonces al niño se le coloca en una institución de ese tipo que se llama familia. Hay diversos tipos en las varias naciones y en las varias culturas del mundo, pero ahora me voy a permitir hablar de todas ellas en común, como si todos los tipos de familia se pudieran reducir al mismo. Hay efectivamente diferencias notables: en aquellas sociedades de que nos hablan los etnógrafos, que eran menos patriarcales, la familia tenía una condición muy difusa, donde jugaban multitud de personajes, que a nosotros no nos parece que pertenezcan a la familia propiamente, hermanos de la madre o primos del padre y cosas así, en fin, una especie de tinglado muy complicado, que hacía que, por la propia complejidad de la institución, ésta fuera menos posesora, es decir, menos segura como procedimiento para matar un niño. Cuanto más simplificada y rígida es la institución de la familia, por supuesto, más eficaz se vuelve. Asistimos en nuestros días al extremo de la simplificación, con la familia metida en un piso de bloque de pisos y reducida estrictamente, si es posible, al padre y a la madre, junto con un hermanito y una hermanita. Ése es el ideal. Y, efectivamente, no hay ninguna otra forma de familia más eficaz que ésta para matar un niño. Con el progreso, con el progreso del Estado y del Capital, se llega también al progreso sumo de la familia, que está íntimamente ligada con él.

¿Qué pasa con los sentimientos?

Bueno, pues estos sentimientos —parece que era lo más impropio para el caso— se definen. Se definen: es decir, apenas el niño está balbuceando, el niño ya sabe que quiere a su mamá y quiere a su papá. Y si se le pregunta, lo mejor que puede decir es

que los quiere igual (cuando se le pregunta, como hacen las señoras, “¿A quién quieres más, a tu papá o a tu mamá?”), eso es lo más prudente. Si hay alguna desviación, en el sentido de que el niño diga todavía que quiere más a su papá o a su mamá, se puede consentir: el caso es que sepa que quiere. Lo esencial es que sepa que quiere. Desde luego, el caso ideal es que el niño a esa pregunta de “a quién quieres más, a tu papá o a tu mamá” responda “a los dos igual”, que es lo que más está mandado. Éste es el caso más satisfactorio, porque, al decir “a los dos igual”, está demostrando —pero parece mentira, los adultos como si no se dieran cuenta— está demostrando que aquello ni es sentimiento, ni querer ni nada; porque ¿cómo se puede querer igual?: eso es una cosa que sólo cuando se trata de entidades abstractas y sometidas a medida y número se puede decir. El niño lo revela —“a los dos igual”— obedeciendo, como sucede tantas veces: obedeciendo se rebela; pero los adultos no se dan cuenta, hacen como si les pareciera muy normal y adecuado que el niño, por supuesto, lo primero quiera a su papá y a su mamá, y después, si es posible, que los quiera igual.

Naturalmente, el sentimiento, cuando se sabe, cuando el niño también sabe, él mismo, que quiere a fulano y a fulana, al papá y a la mamá, el sentimiento desaparece; está por lo pronto metido en una cárcel, que es la cárcel del saber. Los sentimientos no se saben: si algo podemos decir de un sentimiento, es que no se sabe, que un sentimiento es precisamente eso que antes decía respecto al propio verbo ‘sentir’, que no lo podemos tocar con la definición, que la gracia que tiene es que no podemos encerrarlo en definición. Cuando el sentimiento se sabe, ese sentimiento está metido en una cárcel; pero estar metido en una cárcel una cosa que consistía precisamente en no tener definición, quiere decir matarlo, aniquilarlo, hacerlo desaparecer.

Claro, si simplemente al niño por estos procedimientos familiares se le hubiera hecho no sentir, el proceso malo sería, en el sentido de que avanzaría en la muerte que se le está dando, pero no tan malo como es en realidad. Porque, en realidad, lo que ha sucedido es que se le ha sustituido: eso que el niño dice cuando dice que quiere a su mamá y a su papá, eso ya va a ser para él, para siempre, el sustituto del sentimiento. Ya en el resto de su vida, cuando se refiera a sus sentimientos, va a estarse de verdad refiriendo a ese sustituto, ya no se lo va a quitar nunca de encima; y este aprendizaje respecto a la sustitución de los sentimientos por su idea, por su saber, por su nombre, es, por supuesto —ya lo comprendéis—, fundamental para conseguir que el niño muera. Es fundamental. Así que cuando el niño sea un adulto o una adulta, procederá respecto al resto de sus sentimientos y especialmente respecto a sus sentimientos con otras personas, procederá de una manera análoga, tal como lo ha aprendido en el seno familiar, es decir, que creará que quiere, creará que ama, cuando sabe, decide, cree, tiene fe en que ama o quiere, etc.; y no se le pasará por las mientes que eso es mentira, porque eso desde niño se le ha hecho la verdad misma, gracias a la sustitución.

El truco consiste en que ya no se le va a ocurrir, por lo menos de una manera clara y razonable, dudar de que aquel sustituto es un sustituto. Sí, le pasarán cosas raras al niño, a la niña, al muchacho, a la muchacha. Le pasarán cosas raras que no están muy de acuerdo con la convicción de “Quiero a fulano” o “Quiero a fulana”, etc.. Le pasarán cosas raras que se escapan. Se lo pasará muy mal en ocasiones. Tendrá efectivamente sentimientos y experiencias muy mal encajadas; pero eso no dará lugar a ninguna razón, a ninguna reflexión razonable: hasta tal punto el sustituto habrá tenido éxi-

to. El sentimiento de verdad será precisamente aquél que se sabe a sí mismo como tal sentimiento. Esto se ha aprendido en el seno familiar.

Desde luego, ya desde ahí, tampoco la cosa, tampoco el procedimiento de dar muerte se realiza de la misma manera para los niños y para las niñas, es decir, para los futuros hombres y para las futuras mujeres, que en realidad se llaman niños y niñas ya. Hay otras lenguas, como el alemán mismo o el griego antiguo, que emplean para los niños un neutro, un neutro cuando lo tienen en su gramática, y tal vez es un empleo que en cierto modo sería satisfactorio. Otras lenguas, no; en otras lenguas ya es un niño o una niña, lo cual quiere decir que es un futuro hombre o una futura mujer: de ahí la diferencia de género. Y el procedimiento no es igual para el futuro hombre que para la futura mujer.

En realidad, ya desde el primer paso de muerte que era la asignación del nombre propio, esto estaba establecido, esta separación no podía menos de darse. No se admite, se admite muy mal, que haya nombres epicenos entre los nombres propios, es decir, nombres que puedan llevar lo mismo un niño que una niña; es decir, eso de que alguien se llame Abril y que Abril no se sepa si es nombre de hombre o nombre de mujer, eso no sólo es que esté mal visto, es que no se lleva; se evita por todos los medios. Puede dudarse si Jezabel es un nombre de un niño o de una niña, pero por supuesto se procurará asignarlo rápidamente, en el caso de que le falten marcas morfológicas. Así que desde el principio está esa separación.

Nótese pues: se trata de aspirar a convertirlo en persona, a matarlo en forma de persona, y lo importante es esto: persona, que es igual para hombres que para mujeres; pero para llegar a esto, una de las condiciones indispensables es la separación entre los sexos. A esa definición se va a llegar incluyendo necesariamente la separación.

Por supuesto, las mujeres son personas: ¿cómo no vamos a decir esto, cuando los movimientos feministas, en el colmo de su error, no hacen más que perseguir este ideal de muerte que es el adquirir personalidad, es decir, participar en la misma muerte de sus congéneres?; porque de eso se trata. Ellas se empeñan en tener personalidad y tenemos que ceder a este nuevo impulso de muerte y decir "Sí, persona es común para los dos".

Tal vez en sociedades donde esta imposición de la forma más progresada de la muerte no estaba establecida, las mujeres, al ser menos personas, estaban un poco más cerca de eso a lo que aludimos como niño o como pueblo, es decir, un poco más cerca de la vida. Con el progreso, por supuesto, eso se elimina y la igualación en la muerte como persona progresa y llega hasta su culminación en el estado actual.

Pero no nos engañemos tampoco con imaginerías históricas: aun en los pueblos que podamos llamar primitivos, las mujeres pueden haber sido menos personas, degradadas en la jerarquía social, pero, por supuesto, personas siempre y con su nombre propio. No conozco ningún pueblo en que a las niñas no se les dé ningún nombre propio, igual que a los niños. Tampoco hay que exagerar las diferencias. Simplemente que en esto como en lo demás con el progreso se alcanza una culminación de algo que está desde el comienzo de la Historia; además, ya desde el comienzo de la Historia, Dios, el Padre Sumo, tuvo que proceder así; es decir, empezó intentando que fuera uno, pero

se dio cuenta de que eso de ser uno simplemente no salía bien, que para que la cosa marchase como es debido, ese uno tenían que ser dos y los dos con su nombre propio.

Así que en la definición, que es la muerte como persona de aquello que era niño, que estaba vivo, una de las condiciones primeras es que eso se alcance de una manera dividida, por sexos.

Claro: ¿qué es la personalidad sino un conjunto de rasgos que le definen a uno como siendo precisamente el que es y distinto de cualquier otro, insustituible por cualquier otro? Uno de los rasgos de personalidad primeros es precisamente la pertenencia a un sexo o al otro.

En otros tiempos, yo, cuando reflexionaba sobre esto, veía que la oposición entre los rasgos de ser de un sexo y ser de otro era del tipo ése que llaman los gramáticos 'privativa'; de manera que había un término marcado y un término no marcado, y que por tanto no era lo mismo, no era cosa del mismo orden ser hombre que ser mujer. Que en cierto modo ser hombre no era nada, porque ser hombre es lo común, como si 'hombre' quisiera decir igual que lo que estoy llamando persona, mientras que lo marcado, lo definitorio, el término marcado era ser mujer. Sin embargo, esto no se me aparece hoy tan claro. Parece que en la contraposición misma resulta que, efectivamente, al menos hasta cierto punto, tanto ser mujer como ser varón son efectivamente constituyentes de la personalidad; no cabe duda que de maneras distintas, pero tampoco se puede exagerar la diferencia hasta el extremo de separarlas como yo a veces hacía con esa oposición de orden privativo como la que rige entre los fonemas.

Rasgo, pues, constitutivo de muerte es el pertenecer a un sexo o a otro.

Respecto al aprendizaje, que consistía en la conversión de los sentimientos en ideas de sí mismos, el proceso va a ser distinto para ellos y para ellas. En ambos casos va a tratarse de lo que he dicho: conversión, sustitución de los posibles sentimientos por el saber acerca de esos sentimientos. Esto va a ser común, pero dentro de eso va a haber diferencias notables. Son aquéllas a las que también el psicoanálisis aludía cuando descubría aquellas cosas del complejo de Edipo como primariamente propias para los niños, y sólo posteriormente se esforzaba, con mucho artificio, en encontrar un equivalente para las niñas; porque no se veía claro que en las niñas pudiera haber un equivalente análogo del complejo de Edipo. Y, efectivamente, es difícil.

Para los niños, en todo caso, lo cual quiere decir para los futuros hombres, la cosa funciona muy bien: ellos van a saber cómo se quiere a la madre de uno y cómo se quiere al padre de uno. Eso está bastante bien establecido y no voy a hacer psicoanálisis, sino una descripción más externa.

A la madre de uno se la quiere porque es la mujer entre todas las mujeres; es algo así como la Virgen Santísima, es decir, es una representación ideal. Nada extraño tiene que tradicionalmente, cuando los niños se hacen adultos y empiezan a pensar y a decir que todas las mujeres son unas putas, de la madre hacen una excepción ilustre ("Todas putas menos mi madre"). En algunos casos veniales, una hermana podía entrar, pero trabajosamente. Claro, para la madre no hay duda: a la madre, que es de hecho, visto desde fuera, un simple número del sexo sometido desde el comienzo de

la Historia, es decir, una esclava sometida a los señores, es preciso aprender a idealizarla por ello mismo, por ello. Es justamente la condición de sometimiento, de degradación, de esclavitud, que una madre representa, lo que exige su idealización, y el futuro hombre pertenece al sexo dominante, de manera que eso es lo que le hace cargar con esta necesidad de idealización.

Por eso una niña no está ni mucho menos igualmente cargada de esto. Una niña, en la mayor parte de los casos, no idealiza a su madre; puede cogerle más o menos aversión, puede tener reacciones diversas, pero precisamente muy diversas, muy libremente diversas. Hay mucha diferencia entre cómo las niñas se las han con sus madres respectivas, mucha más diferencia que en los niños.

Pero un niño es un futuro hombre. Va a pertenecer a la casta o clase dominante. Entonces, la necesidad de exaltar y de idealizar a un ejemplar de la casta sometida va a cargar sobre él de una manera especial. Repito que todas estas cosas tienen relación con los mecanismos del psicoanálisis, pero yo prefiero emplear ahora otros mecanismos.

En cuanto al padre, el niño tiene que quererlo como se dice en el Evangelio: "quererlo como a sí mismo": exactamente como a sí mismo, de esa manera. De manera que ya comprendéis cómo es la cosa: de la manera en que uno se quiere a sí mismo es la manera en que se quiere al padre. Ahora bien, ¿cómo uno se quiere a sí mismo? He aquí la cuestión que va a dar lugar a la tercera parte de esta charla.

Uno no se quiere bien a sí mismo: se quiere muy mal a sí mismo. Uno normalmente se quiere muy mal a sí mismo. Y se quiere muy mal porque no hay tal sentimiento, sino idea de sentimiento. Por tanto, eso que se llama "quererse a sí mismo" es un tipo de egoísmo abstracto: no hay nada de sensual, nada de sentimental.

Generalmente quererse a sí mismo quiere decir guardar y promocionar su persona, es decir, cosas del tipo de la honra y del dinero, abstractas. Eso es lo que quiere decir quererse a sí mismo. Quererse a sí mismo sensualmente, sentimentalmente, es una cosa que a la gente no suele pasarle. Les pasa a muy pocos y en raras ocasiones. Tampoco a las niñas y a las mujeres, aunque tal vez para ellas es algo más fácil, por las condiciones que estoy exponiendo; entre otras cosas porque, no estando condenadas a cargar con una persona que encima es una persona de la clase dominante, parece que eso deja algo más libre la posible relación sensual o sentimental consigo misma. No funciona mejor en las niñas, en las futuras mujeres, pero es por otras razones, es a pesar de esta diferencia fundamental.

En los niños, en todo caso, por supuesto, los que están destinados a pertenecer a la clase dominante, la cosa es así: egoísmo quiere decir un egoísmo abstracto, es decir, una defensa, salvaguarda, promoción por el propio ser; no por la vida, el placer, ni el cuerpo, ni nada. El dinero es el cuerpo, la vida es la promoción. Es decir, eso es lo que viene a pasar como sustituto del sentimiento.

La relación con el padre es más o menos de esa índole. Uno se lo pasa muy mal consigo mismo con frecuencia, precisamente por esa sustitución, que a pesar de lo muy

bien asentada que está no acaba de funcionar del todo bien, y se lo pasa mal con su padre, en la mayor parte de los casos, por la misma razón exacta.

Sin embargo, las niñas tienen que aprender a sustituir sus sentimientos por ideas de maneras notablemente distintas. Tienen, desde luego, que aprender eso: estamos viendo cómo se mata un niño para ser un hombre o una mujer, y eso es común: para hacer con él un hombre o una mujer. A las niñas tiene que imponérselas una relación con su madre tal que cuanto más la desprecian tanto más la quieren. Por decirlo de una manera simple: una niña, cuando todavía no está bien reducida a persona, tiene que despreciar (naturalmente, de una manera reprimida, oculta) tiene que despreciar a su madre, porque su madre es la esclava, es el ejemplo de aquello a lo que ella está condenada, no puede menos de sentirlo. Y entonces hay una especie de reacción sentimental tal que hace que esto se convierta en algo como una compasión, que tiene, como frutos muy diversos, algunas de las reacciones más típicas de las niñas o más bien ya de las muchachas y mujeres con respecto a sus madres.

En cambio, la relación con el padre va a ser el aprendizaje para la relación de una persona del sexo sometido con los hombres en general, con los hombres del sexo dominante; va a ser un aprendizaje. En muchos casos el padre... pues es una persona débil, como suele decirse, y no da bastante soporte para el caso. Me estoy refiriendo a los casos más normales en que el padre es una persona relativamente fuerte y entonces sirve para el aprendizaje.

El esclavo, en una situación como la que estamos diciendo (las mujeres ocupan la condición de sexo sometido), el esclavo tiene como arma principal la astucia. Entonces, las niñas van a aprender respecto a su padre sobre todo el disimulo y todas las artes de la astucia. Esto es lo que van a usar; no tanto respecto a la madre: precisamente respecto al padre, al representante de la clase dominante. Que por otra parte, como suele sucederles a los hombres, pues son algo más tontos, más fáciles de engañar; de manera que la cosa no sólo se debe hacer con ellos, sino que es más fácil hacerla con respecto al padre. Bueno, salvando todas las enormes diferencias que entre otras cosas nacen, como he dicho, del hecho de que haya padres poco aptos, por eso de ser una persona débil o por otras razones por el estilo.

Dentro de estas diferencias, al niño se le mata pues (era el otro gran procedimiento en que me detenía) por esa desaparición de los sentimientos bajo la idea de sí mismos, que se aprendía en aquello de querer a papá o a mamá, que es lo que hemos estado desarrollando. Todas las relaciones sentimentales, decíamos, estarán ya condicionadas por ese aprendizaje, por esa reducción al saber abstracto acerca del sentimiento.

Fijaos que es un procedimiento muy terrible: por más que me esfuerzo en decirlo de una manera terrible, seguramente no se percibe lo bastante bien lo terrible que es. Es decir, que los nombres de muerte que empleo no son exageraciones.

No son exageraciones. Imaginaos que efectivamente a lo mejor se pudiera vivir y se pudiera sentir. `Se`, no digo quién. Imaginaos que se pudiera. Pues entonces, lo que se hace con niños y niñas es literalmente esto, es decir, ofrecerles un sustituto que es la muerte de esa posibilidad. No exagero nada cuando describo este proceso de matar un niño o niña para hacer un hombre o una mujer.

Me paro en la tercera y última receta o cuestión, que es fundamental. Es la más general. Ésta consiste en el aprendizaje de lo que algunos llamarían la Moral, la Ética, o la Ley que dirían otros. Consiste en esto. No hablo de ello lo último porque sea secundario: probablemente está en la raíz de todo lo demás que he estado diciendo hasta ahora.

¿En qué consiste esto de aprender la Moral o la Ley que presento como la forma fundamental de dar muerte a un niño o a una niña?

Bueno, pues consiste simplemente en hacerles saber, y en imprimirles hasta el fondo, la convicción de que lo malo es bueno; al mismo tiempo que, para ello, se les convence, se les imprime que lo bueno es malo. Sin esta inversión, nada funcionaría en este mundo y no se podría proceder a matar a un niño o a una niña. Ésta es la condición fundamental. Imprimir en él la convicción de que lo malo es bueno y, simultáneamente, como apoyo para ello, la convicción de que lo bueno es malo.

Esto se hace desde el principio mismo, desde que empieza eso que se llama crianza o educación. Todo consiste en eso. Pero notad por un momento el aspecto metafísico y político de la cuestión. Si aquí nos estamos permitiendo describir cómo se mata un niño o una niña, sin poner culpables personales, pero evidentemente hablando de que eso se hace de parte de la sociedad constituida tal como está constituida, de parte de eso que llamamos Estado y Capital, con Familia y demás, si lo estamos haciendo así, es porque sospechamos que a lo mejor lo bueno es bueno. Si no, no habría ningún aliento para la rebelión que en esta descripción pueda estar implícita.

Pensamos que a lo mejor lo bueno es bueno. No sé si entendéis la trascendencia de esto. Imaginaos que lo bueno, lo que es evidentemente bueno fuera bueno, al mismo tiempo. Evidentemente, es una posibilidad. No se nos da; estoy describiendo cómo desde pequeños se nos imprime la necesidad de lo contrario; pero siempre nos cabe imaginar que fuera así; por lo menos nos cabe imaginarlo con lo que de niño quede en nosotros. A lo mejor podía ser que lo bueno fuera bueno, y entonces este mundo no tendría el sentido que tiene. Este mundo está fundado en esa muerte, para la cual es necesario, primariamente, que lo malo sea bueno, es decir, que todo lo que sea feo, sacrificio, sometimiento, destrucción, humillación, todo lo malo que le pueda pasar a un niño, todo eso sea bueno, todo eso tenga virtud.

Vamos, supongo que no estoy diciendo nada del otro mundo: es la educación misma, al mismo tiempo que la moral: todo eso tiene virtud, hasta el punto de que la virtud se puede decir que consiste en eso, justamente en eso.

Imaginaos qué necesario es que lo malo sea bueno. Se hará el niño adulto y tendrá, como individuo de una masa de individuos, es decir, de una masa dominada por el Capital y el Estado, tendrá que ponerse a trabajar, por ejemplo. Si al niño no se le ha imbuido de que lo malo es bueno, ¿cómo va a trabajar? Eso no se concibe, ¿no? 'Trabajo' no quiere decir más que eso, una actividad que no se hace ni por gusto, ni por curiosidad, ni por nada; es una actividad vacía que se hace para sacar dinero o se supone que para sacar dinero, o para el sustento o para lo que sea, es decir, por una condición abstracta. Si al niño no se le hubiera preparado de pequeño en la con-

vicción de que lo malo es bueno, ¿cómo iba a ser un trabajador el día de mañana? Imposible. Todo se hundiría.

Una niña tendrá que casarse, normalmente. Someterse a un tío, casarse. ¿Cómo esa niña puede llegar a semejante extremo si previamente no se le ha convencido de que lo malo es bueno? ¿Cómo ella va aguantarse con todo, a renunciar a todos los posibles sueños y sentimientos y decir "He aquí la esclava del Señor"? ¿Cómo va a llegar a eso? Sólo gracias a que desde pequeña sabe que ésta es la virtud. Que así es lo bueno. Que lo malo es necesariamente bueno.

Ya comprendéis bien que para que esto se consiga, simultáneamente —pero lo pongo en segundo lugar— tiene que hacérseles sentir, padecer, que lo bueno es malo, lo bueno, todo, prácticamente todo. Cualquier cosa que sea buena, es mala. Eso cualquier niño lo aprende enseguida. Cualquier cosa que sea buena, es mala, por supuesto. Si es muy buena, pues es muy mala; si es buenísima, es malísima. Todo está en su grado. Eso es una condición esencial.

Fijaos bien que lo pongo en segundo lugar. Yo no pienso que el interés principal del Dominio esté en que las cosas buenas sean malas, sino que esto es una condición para conseguir lo otro, para conseguir que las cosas malas sean buenas; porque si no, no funcionaría. Esto da lugar a equivocaciones a veces, y convendría tenerlo bien presente.

Bueno, pues esto es el establecimiento de la Moral. Esto es el establecimiento de la Ley. Se dice en dos palabras: la convicción de que lo malo es bueno, y, para ello, que lo bueno es malo, es toda la Moral.

Evidentemente, también aquí la cosa procederá de manera algo distinta para niños y para niñas, pero, a pesar de la diferencia y por medio de la diferencia, también será un procedimiento común para matar a los unos y a las otras. Para matar lo niño, que es de lo que se trata.

No voy a detenerme en las diferencias (en todo caso ya saldrán tal vez en el coloquio), simplemente porque es un poco tarde y quiero terminar para que nos dé tiempo para el coloquio.

Lo importante que tengo que decir, y para lo que quería reservar un poco de tiempo, es que hay un equívoco, que fácilmente os puede asaltar a lo largo de todo el desarrollo de esta receta de cómo se mata a un niño, y contra él quiero preveniros.

Un niño, o lo niño, era aquello de lo que partíamos, lo que suponíamos por debajo, sobre lo que se hacían estas operaciones. Pero los procesos son dinámicos, qué se le va a hacer. La dialéctica implica un cierto dinamismo en su operación y si no se tiene esto en cuenta, podemos descarriar. Desde el momento en que al niño se le ha empezado a matar, a convertir en un ser constituido, en una persona que va para adulta, ya no es aquel niño del que partíamos. Estamos en un proceso, ésta es la cuestión. De manera que si en el comienzo de la historia podemos suponer que se está operando sobre algo vivo, que no era, que no tenía definición, claro, cuando se sigue operando, a los tres años y a los cinco y a los nueve, ya no es lo mismo, ya no se está operando sobre

aquello; ya un niño a los tres años, no digamos a los nueve, está hartito constituido. No será un adulto perfecto (si no, no se le seguiría matando), pero desde luego no es ya aquella indefinición vaga de que partíamos. Esto es lo importante, esto sí que es fuente de muchas equivocaciones en la rebelión.

Un niño, a partir del primer momento, ya está a medio matar. Aquello a lo que se sigue matando, ya no es aquello simplemente vivo que definíamos negativamente como lo que no está muerto. Es algo que está medio muerto, medio convertido en persona. El niño tiene su personalidad.

El proceso implica que, como desde luego el ideal es que el niño se convierta en adulto —un hombre o una mujer—, estas personalidades tienen que ser provisionales. El proceso tiene que desarrollarse así. A lo largo de los años de la infancia y de la educación, tienen que producirse muertes sucesivas que vienen a dar en personalidades provisionales. Personalidades que vemos cambiar. Los psicólogos de la infancia, de maneras más o menos lúcidas, nos lo hacen ver. Hacen ver cómo es la personalidad de un niño, de una niña de tres años, de cinco años, de siete años, de nueve años, de trece años, con más o menos acierto. Efectivamente se trata de eso, de algo como ensayos de ser adulto, que fallan uno tras otro, que tienen que ser renovados y sustituidos. Así es como tenéis —pienso— que concebir el proceso. De tal manera que, en cada uno de los estadios, aquello que se va matando no es ya meramente niño vivo, sino que ya es un poco niño muerto; ya es un ser a medio hacer. Con un ensayo de persona que va a fracasar. Pero ya es eso.

Digo que esto es así, porque, si no, caemos en muchas equivocaciones. A lo mejor cuando antes os estaba diciendo, a propósito de que lo bueno es malo, os estaba diciendo cómo se convierte en malo por la Ley todo aquello que es bueno, estabais pensando en un niño que de verdad siente y por tanto desea lo que es bueno por las buenas. Por desgracia, esto no me atrevería a decir que se da, ni siquiera cuando está mamando del pecho de su madre, cuanto menos más adelante: por desgracia, cuanto más, peor.

Al niño en las fases sucesivas se le ha equivocado, se le ha hecho un lío de sentimientos. Desde muy pequeñito. Entonces, por ejemplo, un niño no sólo puede (esto es importante) sino que tiene que desarrollar su personalidad individual, su voluntad propia y hasta su capricho. Esto es esencial para un niño.

De manera que un niño, ya equivocado desde los tres años, no deseará lo bueno necesariamente. Actuará ya en muchas ocasiones como si fuera un adulto, es decir, confundiendo el deseo con su capricho personal. Al pobre se le ha quitado la posibilidad de mamar de la leche del paraíso. Entonces, en una desesperación, tendrá caprichos, muchas veces imbéciles: muchas veces querrá tal o cual cacho de plástico, o tal o cual trozo de dulce repugnante para comer, exactamente igual. Querrá cualquier porquería incluso, porque tiene que quererla, porque tiene que ser su voluntad, su capricho.

Ahí ya se ha dado la sustitución. De manera que no nos encontramos ya con que la represión de esos caprichos que viene a continuación sea una represión de deseos primigenios ni nada, es simplemente la prosecución del proceso: aquella personalidad

ha pasado y los caprichos que estaban bien a los tres años, a los cinco ya no están bien. Simplemente es eso.

No hay que confundir eso con una represión, porque, si no, nos armamos un lío también para los adultos: nos vamos a creer que reprimirle a un señor o a una señora sus caprichos y voluntades personales es ejercer la represión. Una estupidez que se comete a cada paso. Cuando se están reprimiendo o negando a un señor o a una señora adulta sus caprichos o voluntades personales, normalmente no se le está reprimiendo ningún buen deseo: se le está simplemente ajustando a otras voluntades, que en el momento no coinciden con la suya, simplemente.

Pero el niño tiene que tener su capricho, su voluntad propia. Notad cómo las madres, esas mismas que antes de que nazca ya quieren saber cómo se llama, ya lo están bautizando, esas mismas madres y señoras se apresuran a recoger cualquier rasgo que revele que el niño tiene algún capricho, porque están seguras de que con eso está naciendo la personalidad, la muerte. Al niño le gustan las cosas de color azul, las bolas azules, al niño le gusta el chocolate blanco; cualquier cosa que le guste o le disguste. Al niño le dan mucho miedo las avispas. Veréis un fervor de las madres y de las señoras en especial por recoger cualquier rasgo de estos. Cualquiera puede servir para constituir la persona del niño y para hacerlo adulto, aunque sea nada más que un adulto provisional.

Hechos así un lío, ¿cómo se van a comportar los niños y niñas respecto a aquello de los sentimientos, y de que lo bueno es bueno, y del cambio de los sentimientos por sus ideas, y la aceptación de que lo bueno es malo y de que lo malo es bueno?

Pero bueno, ya lo sabéis. Me voy a limitar al ejemplo de las niñas, que es más ilustrativo en este caso.

Una sociedad adulta (más o menos en cualquier sociedad sin grandes diferencias: no voy a insistir demasiado en la diferencia entre los polinesios y la sociedad norteamericana actual) una sociedad necesita aproximadamente pues que en cada generación se produzca, digamos, una mitad de esposas de sus señores y de la otra mitad, pues que una mitad sean monjas y la otra mitad sean putas. Más o menos, ésta es la proporción. Y como esto se necesita, como la organización social necesita esto, pues esto se produce. Parece una maravilla, que en los niveles personales una cuestión aparentemente numérica respecto al todo pueda imponerse, pero así es. Tenemos, por más que nos espante, que reconocerlo así. Si hace falta que la mitad de la población femenina sean esposas, y de las de la otra mitad, la mitad sean monjas y la mitad putas, pues así será.

Lo tremendo es que eso se hará pasando por las voluntades y conciencias personales de cada una. Así se hará. ¿Cómo se consigue?

Bueno, pues hay una parte de las niñas que asimilan lo de que lo malo es bueno de una manera extremada. Ésas van a ser las futuras monjas (bueno, ya comprendéis que cuando digo monjas, me estoy refiriendo a cualquiera de las mujeres más o menos sublimes y sacrificadas. He puesto que eso es una cuarta parte de la población: creo que más o menos por ahí anda la cosa: hacen falta más o menos eso, entre misione-

ras, enfermeras, etc.); de manera que esas niñas se ve bien cómo han nacido, cómo se han fabricado: simplemente hay un grado de asimilación de la convicción de que lo malo es bueno que llega al extremo, que llega a lo sublime. Así se produce.

Está bien claro cómo se producen las niñas que van a ser putas, que van a servir a la prostitución, que como sabéis —y lo han sabido siempre los revolucionarios— es un ingrediente indispensable mientras la familia todavía esté establecida: no hay matrimonio que se sostenga si no hay prostitución. Esas niñas han pensado, han asimilado lo de que lo malo es bueno, lo han asimilado de una manera muy especial, en la segunda fase. Lo malo es justamente lo que ya se les ha convencido de que es malo, es decir, lo prohibido, lo no mandado: entonces proceden en esta segunda fase (ya las pobres, es normal, han perdido como los niños aquella noción de lo bueno que era bueno), pero lo toman como sustituto, esto que se les da. Dicen “¡Ah! lo prohibido, lo que no se debe hacer, lo malo, lo marginado, lo vil, lo sucio! ¡Pues eso! ¡Eso es lo que quiero!” Así se consigue que salga la cuarta parte de prostitutas que hace falta.

Mientras que la otra mitad, pues procede de la manera que antes ya he descrito, de la manera habitual, cuando he descrito cómo se prepara a una niña normal para pasar por ese trance de someterse a su destino.

Bueno, o de imitar de la otra manera a los señores, como está de moda entre nosotros: es decir, eso de tener una personalidad y por tanto ponerse a trabajar y a gobernar, fenómenos realmente marginales y poco importantes.

Basta con estos ejemplos. Quería insistir en las vueltas que da el proceso antes de su consumación. Hay un establecimiento de muertes, de ensayos de muerte, o personalidades provisionales, antes de que al niño se le dé por bien fabricado, por bien convertido en un hombre o una mujer.

Así es como se mata a un niño. De esa manera se llega a la situación en que aquello que podía haber vivo, y que era también popular y que era curiosidad y deseo y todo aquello, no ofrece gran peligro. Se llega a una cierta tranquilidad y seguridad. Ya una vez muerto el niño, convertido en un hombre adulto, en una mujer adulta, aquellos peligros de la pregunta, del deseo y demás son mínimos —se estima— y la cosa puede seguir marchando.

Bueno, pues termino antes de pasar al coloquio. Ya sabéis que se sospecha que esto de matar a un niño, tal vez no llega a tener nunca un éxito total. Tal vez. Antes ya os dije que una de las pruebas es que se sigue insistiendo, incluso respecto a adultos, en perfeccionar esta muerte. Tal vez no llegue a tener un éxito total este proceso de dar muerte. Tal vez la receta falla siempre un poco. Esta receta que he tratado de describir a grandes rasgos para matar a un niño, tal vez por alguno de los lados o algunos de los momentos falle. El resultado es que no podemos estar seguros de que estemos del todo hechos, es decir, muertos. De que seamos como Dios manda, un hombre y una mujer, adulto, adulta, cada uno. Siempre puede quedar algo de niños y por supuesto, si no hubiera esta posibilidad, por mínima que sea, de que debajo de esta muerte quede algo de niño, vivo, pues ni tendría sentido esta asociación antipatriarcal, ni tendría sentido nada de lo que aquí estamos diciendo. Por mínima que sea esa posibili-

dad de fracaso, de fallo en esa receta que acabo de daros para matar a un niño, eso es lo que nos tiene aquí.

Con esto damos paso al coloquio.

—Cuando dices que un niño tiene ‘caprichos’ que no son ‘buenos’, porque desde muy pequeñito ya está maleado, yo creo que hay niños de, a lo mejor, 4 ó 6 años, que sí les quedan deseos ‘buenos’ —quiero decir, de los ‘buenos-buenos’. Por ejemplo, cuando quieren jugar con agua, cuando quieren jugar con barro, tienen un sentido de lo que les apetece, que es de lo ‘bueno-bueno’, y que según la sociedad es malo porque se ensucian, se acatarran, etc. y se les reprime. El proceso de matar un niño es como más paulatino, más lento, y que a esas edades todavía les queda mucho.

AGC: No: aquí lo único que se quería entender es que no hay por qué fiarse de que un niño de tres, de cuatro, de cinco... conserve algo; puede conservar ocasionalmente; y también tú y yo, de vez en cuando nos entra algún deseo a veces de éstos, por eso hemos hablado de la imperfección del proceso. Pero es importante, para evitar la equivocación, recordar que en muchos casos, tal vez en la mayoría, aquello que se reprime no es ya la vida y ese deseo de cosas buenas: es ya el capricho personal con el que se ensaya el futuro adulto.

—Es que si fuera así, casi ya enseguida no habría nada que reprimir. Yo creo que es un proceso más lento.

AGC: El proceso, yo creo que no me equivoco si os lo presento así: durante todo lo que se llama infancia y adolescencia hay que desarrollar una serie de personalidades provisionales, que son ya como la del adulto, pero que van a fallar, que tienen que sustituirse.

—¿Qué impacto crees que puede representar el parto más o menos higienista y el parto hospitalario para el niño?

AGC: Esto es tremendo: porque, claro, normalmente la que pare es una persona: es decir, es una muerta, en el sentido que hemos dicho. Una mujer que se acerca a los 20 años es una mujer bien constituida. Bien podemos suponer que el niño que va a nacer no es nada, no está nada constituido, pero ¿y la madre? En el parto intervienen dos. La madre sí que está constituida, y normalmente la que pare es una persona, pare como persona, y es de ella de la que he dicho que incluso le ha dado nombre propio al fruto de sus entrañas mucho antes de que aparezca. Es decir, que está desde el principio intentando parir no ya una cosa cualquiera viva, sino parir a Pepito o a Merceditas, lo cual ya... Claro, a primera vista parece que no puede influir mucho en el feto, pero ¿quién sabe?: hasta un feto puede aprender. El que nace tenemos que suponer que él de por sí está vivo. Pero yo no diría que siquiera un feto está del todo inmune respecto a las abstracciones que la madre sabe y que se manifiestan, por ejemplo, en eso de imponerle nombre; y, bueno, ¡qué digo yo ‘nombre’!: la madre puede estarle preparando un futuro; puede estar pensando ya qué especie de hombre o de mujer va a parir. Puede estar pariendo ya a un futuro ingeniero y una futura madre de sus hijos y cosas por el estilo. Todas estas perversiones se pueden estar haciendo. Hom-

bre, yo supongo que los fetos están relativamente protegidos contra esto, pero yo no diría que lo están tan absolutamente; pueden recibir hasta algo de esas ideaciones. Yo creo que las ideas pueden tener efectivamente alguna repercusión sobre los procesos orgánicos que no se consideran conscientes. Yo no puedo negar la posibilidad de que haya al menos accidentales roturas de la barrera que separa los procesos conscientes de los orgánicos inconscientes, de manera que si uno no tiene seguridad del todo en esa barrera, aquellas abstracciones, ideas de la madre, intenciones explícitas pueden influir en los procesos orgánicos de tal manera que el feto padece, empieza a padecer un poco de muerte.

—El proceso del alumbramiento ¿crees que le puede repercutir de alguna manera, que le marca ya?

AGC:;Se ha hablado tanto del trauma del nacimiento! A una cosa que no es nada, nada puede hacerle nada. De manera que cuando uno imagina el trauma del nacimiento, es que se está poniendo en, se está poniendo allí él naciendo. Eso es una cosa muy propia. Lo mismo que cuando se habla de la muerte; generalmente lo que se hace es ponerse uno después de su muerte, especular respecto a eso. Claro, cuando se habla del nacimiento... No, yo creo que se ha planteado muchas veces mal la cuestión del trauma del nacimiento. No se ha tenido lo bastante en cuenta esta condición de indefinición que he dicho.

—Cuando tú dices que la administración del nombre propio es tan nociva para el niño, yo creo que lo que es nocivo más que nada es la administración de los apellidos; porque el nombre propio es un nombre de designación, que se le da a una mesa, a una silla, para separar un objeto de otro: es decir, forma parte de la cosa, incluso de la cosa personal (Pepito, Juanita) y hay muchos Pepitos y muchas Juanitas en la misma escuela y en el mismo edificio, incluso en la familia de al lado. El problema está en la administración de los apellidos como continuidad de pertenencia de bienes, continuidad de propiedad.

AGC: Es mucho menos importante: porque, en primer lugar, se administran mucho más tarde; es decir, al niño sólo se le aplican los apellidos de tal forma que él los acepte y que aprenda a decir que se llama Angelito González cuando está yendo a la escuela. Pero el nombre propio se le administra desde antes del nacimiento, y no tiene ninguno de los rasgos de inocencia que le has atribuido. Hay un error de concepción ahí, porque el hecho de que haya muchas Juanitas no le quita a Juanita la condición de ser única con su nombre propio.

—Juanita deja de ser una cosa y se convierte en nombre propio cuando es Juanita González; si no, Juanita es igual que la otra Juanita. Los nombres propios forman parte del lenguaje; otra cosa es los apellidos, que eso sí es una primera agresión que se le hace y una definición clara. Además parece ser que el ser humano, a diferencia de otros animales, nace mucho más desvalido, nace desnudo: entonces es necesario (¿no?) administrarle una especie de orden y de medida; porque, incluso cuando el niño llora al principio, los primeros llantos del niño son absolutamente informes y angustiosos, y basta que la madre le cante y le dé un orden, le dé una medición con los movimientos de la cuna, le dé una cierta medida en el caos, en ese caos que tú llamas bostezo, que yo llamaría otra cosa: es donde el niño empieza la primera educación: la

medición del tiempo donde está abocado a una especie de caos. También el niño inmoribundo que tiene la madre dentro tiene una cierta intuición de saber lo que tiene que transmitir a su retoño para un cierto sosiego en esta vida. Es decir, que no veo yo tan radicalmente que todos los efectos de una educación, aun a nivel de bebé, sean tan absolutamente letales, hasta llegar al estado de bebé en que te estás poniendo.

AGC: Lo que quería corregir es el error lingüístico en que has insistido —qué se le va a hacer. Aparte de que los apellidos se administran tarde y por tanto no pueden influir de una manera tan radical, desde luego, Juanita y Juanita González no se diferencian en nada: nada más tienes que ver una guía telefónica para ver que los apellidos no sirven. Pero es que hay un error ahí. Primero, los nombres propios, como antes he sugerido, no pertenecen al lenguaje propiamente dicho. Y en segundo lugar, Juanita, lo mismo que Filadelfia, nombres de persona y de lugar, tienen la virtud de que, aunque se repitan, son verdaderamente únicos. Es decir, Juanitas podrá haber muchas, pero, respecto al círculo de uso del nombre, no hay más que una. Y no digamos dentro de la casa, donde los hermanos tienen que llamarse necesariamente cada uno con un nombre distinto, por lo menos si todos están vivos, una condición indispensable. O sea que no es así, y desde luego ese nombre propio que es muy definitorio y que he presentado como la primera herramienta de constitución de la personalidad tiene la ventaja de que actúa desde antes incluso del nacimiento.

Bueno, la otra cuestión: es posible: a todo el mundo la sociedad, también a los adultos, el propio Estado y Capital nos conceden algunos beneficios. Por ejemplo, yo hace ya unos años que me he resignado a volver a cobrar un sueldo. ¿Quién puede negar que, siendo el dinero la abstracción que digo y siendo esto una maldición, naturalmente yo me aprovecho, puesto que no hay otra manera de ir viviendo más que manejando dinero? Yo me aprovecho de la facilidad que con este dinero se me concede. Esas cosas no se pueden negar, y el arrullo a los bebés tampoco. Pero aquí no estábamos hablando de eso. Aquí estábamos explicando cómo se mata un niño. No me he detenido en los beneficios compensatorios que se le pueden conceder mientras se le va matando.

—Un inciso: el carácter de receta que tiene tu discurso: se supone que son ingredientes que se le van echando a una comida. Se tienen que decir todos los ingredientes que se tienen que echar a una comida.

AGC: Yo creí que era importante centrarse en los procedimientos de matar un niño, cuando se dice que se va a explicar cómo se mata un niño; pero si es importante decir que, al mismo tiempo, se le acaricia y se le echa un poco de miel, pues se dice.

—[Intervención ininteligible]

AGC: Son dos cuestiones. Primero, tal vez fijarse demasiado en la etimología no es bueno; porque, aunque las palabras comiencen etimológicamente queriendo decir algo, como hay que tomarlas es con el valor que actualmente tienen. Su etimología puede ser una curiosidad, pero generalmente no contribuye a darles el verdadero sentido: el verdadero sentido se lo da su uso actual. Y 'asimilar' hoy (lo mismo cuando lo decimos de las comidas, por ejemplo) 'asimilar' quiere decir convertir en algo que es uno mismo, no simplemente hacerse semejante. Cuando uno dice que asimila los ali-

mentos o las vitaminas, no quiere decir que los hace semejantes a él, sino que quiere decir que los convierte en partes o ingredientes de sí mismo. Y es, desde luego, esa noción de 'asimilar', que es la usual, la que yo estaba usando a propósito de los saberes de los conocimientos. Es decir, alimentan los saberes: ¿a quién alimentan?: alimentan al muerto, al constituido, son ingredientes de la definición.

En cuanto a la otra cuestión: al principio me esforcé en demostrar cómo al niño se le impone el nombre antes de que entre en el lenguaje o el lenguaje en él, y que el lenguaje no era cultura y todo eso; me esforcé en separar al lenguaje de todas las formas de cultura y después incluso decir que, en virtud de eso que está debajo de la cultura, lo niño a lo mejor pregunta, cosa que da lugar a todos los procesos educativos; pero no hay que olvidar que hay una conexión, y la conexión está en el vocabulario semántico. Las palabras con significado son relativamente manejables. El comercio y los ministros lo saben muy bien, que el vocabulario semántico se puede manipular hasta cierto punto; de manera que, digamos para simplificar, eso del significado de las palabras es como la parte de conexión entre el lenguaje propiamente dicho, que está por debajo y que no es cultura, y la cultura, que ya es un instrumento de imposición y de asimilación.

—Dentro de toda esa reconstrucción del asesinato, hay un elemento que es para mí correlativo del lenguaje y del sentir: ese sentir informe, primigenio, del que has hablado, que sería la imaginación; y que nos pusieras un poco sobre el papel cómo funcionaría la imaginación, en qué medida cambia a medida que se va matando un niño.

AGC: Es un tema que daría lugar para mucho discurso. ¿Habéis oído hablar de cosas de ésas como "Una imaginación desbordada" y cosas así? A veces los hombres les atribuyen a las mujeres eso cuando las temen. Ésa es una de las cosas terribles que a un señor se le puede ocurrir: imaginar una mujer que tiene una imaginación desbordada. Las cosas, por fortuna para los señores, no marchan así. No hay mujeres con imaginaciones desbordadas. Hay un sentido en el que la palabra 'imaginación' está realmente desbordada o sea, no tiene límites, por tanto, es una parte de esa indefinición que es vida y es creativa, y hay otra parte en que la imaginación está no desbordada, es decir, está bordeada, cercada y constituida; caso en el cual las imágenes mismas son lo mismo que las ideas. Ésa es la conversión. Las imágenes aquellas, de las que tal vez los sueños nos dan por lo menos una impresión aproximativa, aquellas imágenes se convierten realmente en ideas y vienen a ser aquello que en principio no eran. La dominación de la imaginación de las mujeres es por lo mismo que he dicho antes, una de las funciones esenciales en los procesos educativos de una sociedad patriarcal, vamos, de todas, porque todas las sociedades son patriarcales. Son uno de los procesos esenciales. Efectivamente se reconoce que una imaginación descontrolada o desbordada por parte de las mujeres sería un peligro de los más radicales que se le podían ofrecer al orden patriarcal, por eso pone mucho cuidado en controlar la imaginación femenina, y el resultado es que las mujeres, en general, no digo que no tengan mucha, sino que la tienen muy domesticada, como resultado de eso. En el terreno erótico es donde más se nota, pero no voy a entrar en detalles.

—A mí me gustaría que entraras en el terreno erótico, aunque no fuera más que un poco.

AGC: Es una cosa de la que me he ocupado, tal vez (no me acuerdo ahora muy bien) en una cosa que saqué, donde decía que el coño hablaba por mi boca y que se publicó en lo de *Filosofía y sexualidad*. Se refería sobre todo a la diferencia entre los procesos de masturbación en niños y niñas, hombres y mujeres. Ahí es donde se ve el funcionamiento diferente de la imaginación. En ambos casos puede hablarse de un control de la imaginación, pero un control netamente distinto. Hablaba de una masturbación femenina carente de imaginaciones, especialmente carente de imaginaciones de hombres; tal vez, imaginaciones de cosas vagas como nubes u hojas; mientras que la imaginación de los hombres era muy servil, una imaginación de mujeres, sobre todo de trozos de mujeres. Por ese camino iba la diferencia; pero, esto no es decir nada, sino insinuar un poco cómo se puede trazar ese diferente tratamiento de la imaginación en los dos sexos. Insisto en eso, en la necesidad del control de eso que se llama imaginación en la clase sometida; es una función fundamental del Estado y el Capital. La función fundamental es ésta: sustitución de una posible imaginación desbordada, que tendría que ver con el no saber y con el sentimiento, por una imaginación definida, relativamente domesticada, que es lo mismo que las ideas. Ya sabéis que la palabra 'idea' es lo mismo que 'visión'. Las ideas son imágenes a su manera; únicamente se diferencian en que son imágenes domesticadas, no como éstas que, como por ejemplo en los sueños, nos parece que tienen otra condición, condición de fugacidad.

—Para evitar cualquier tipo de carga o de [ficción] que lleva implícito cualquier nombre, ¿cuál sería tu propuesta?, ¿cómo lo resolverías tú?

AGC: Bueno, aquí no vamos a inventar una sociedad bien hecha. Aquí se trata de explicar cómo se mata un niño. Si esta explicación tiene algún resultado respecto a matarlos menos o no matarlos o matarlos mejor, ¡qué se yo!: eso ya... Pero desde luego aquí yo no puedo hacer ninguna propuesta positiva.

—[Pregunta ininteligible]

AGC: Primero hay que corregir a propósito de eso, aunque tú seguramente no estabas pensando en ello, una equivocación. Una persona que se vuelve loca no responde a esa condición. No hay que hacerse la ilusión de que los locos obedecen a esa condición. Alguna vez he dicho que la gente suele volverse loca preferiblemente al pasar de la adolescencia o luego a los treinta y tantos, o luego, cuando ya la muerte se le echa encima. Pero aún en el supuesto de la primera fase, de la locura de adolescentes o de gente de 18 ó 19 años, que es muy frecuente, no hay que hacerse la ilusión de que al volverse loco se conserve para nada el niño. Simplemente se le pierde de una manera desesperada; es decir, la receta ahí ha funcionado evidentemente mal. Se ha conseguido, efectivamente, una conversión en adulto, pero de mala manera, no de la manera habitual. Pero un loco o una loca, encerrados o no, siguen siendo parte del mundo de los adultos. Simplemente nos deja un poco dudosos ese tipo de locura que es la de los tontos para toda la vida, que incluso en muchos casos parecen conservar rasgos infantiles, hasta en el cuerpo. Claro, no puede uno, desde luego, poner ahí ningún ideal. Un hombre que se está babando a los veinte o a los treinta años no parece que pueda responder a lo que estamos esperando. También pertenece al mundo de los adultos, a su manera. Recordad que los locos de este tipo eran los que las sociedades empleaban para darles el cargo de tonto del pueblo. Era una institu-

ción muy fundamental. Eran, generalmente, locos de este tipo, porque eran muy poco dañinos, muy inocentes.

Naturalmente que si un niño no se dejara matar, no dejaría de ser niño en el sentido que he dicho; es decir, no envejecería. No hay que olvidar que entre las maldiciones de la Biblia se incluye como primera la de crecer, es decir, envejecer, junto con la de multiplicarse; la una va con la otra. Hay que multiplicarse para envejecer y envejecer para multiplicarse: es lo mismo. Son las maldiciones de Jehová.

Claro, a nosotros nos engañan porque dicen: "También los caballos y hasta los leones envejecen": ¡vaya Ud. a saber si los caballos y los leones envejecen! Nosotros esto lo sabemos de nosotros, y en nuestro caso sabemos que el envejecimiento se produce por el proceso que he descrito, es decir, a través de una conversión en adultos por medio de la muerte de lo niño. Si hacemos caso a la propia versión de la Biblia, con todo lo reaccionaria que es, pero que deja escapar eso, Adán y Eva no envejecían; tenían entre los dones el de no envejecer. Y la maldición se lanza contra ellos precisamente en el sentido de que empiecen a crecer, a convertirse en adultos.

—¿Por qué hemos llegado a considerar peyorativo el término 'infantil'? Por ejemplo, ahora, en una conversación, siempre que quieres hacer daño a alguien, le dices que es 'muy infantil'.

AGC: No se dice eso nunca aludiendo a aquello que yo he llamado lo niño. Se dice aludiendo a teorías o formas de concebir muy infantiles: es decir, que se alude a esos estadios que he descrito antes, se alude a personalidades que se han quedado en un estadio inferior. No a eso de lo niño. Se refiere a ensayos de personalidad retrasados; y es normal, entonces.

—[Intervención ininteligible]

AGC: Yo estaba explicando cómo se mata un niño. Si estamos aquí, es porque sospechamos que el proceso no ha tenido un éxito total. Ahora que una cosa es mantener esta confianza, en que a lo mejor el proceso no está cerrado totalmente y que por eso estamos aquí explicando cómo se mata un niño, valga para lo que valga, una cosa es eso y otra cosa es creer que tiene mucha importancia que haya madres positivas y negativas. Creer que uno sabe lo que quiere y que se lo pasa muy bien y que es feliz, esas cosas es que yo, la verdad, no me atrevería a decirlas. Yo sospecho que a lo mejor alguna vez lo paso bien o que me pasa algo que deseo, pero es una sospecha tan tímida que no me atrevo a formularla. Yo no puedo ni formularla siquiera, por si acaso se la estropea. La verdad es que la situación normal no es así. La situación normal es que, cuando un señor o una señora dice que es feliz, esté mintiendo, esté hablando de un sustituto. Eso es lo normal.

Uno no puede sacarse a sí mismo de la normalidad así por las buenas. Uno tiene que sospechar que a uno mismo le puede pasar igual, es decir, que si se atreve a decir "Feliz", está sustituyendo aquello a lo que aludía por otra cosa. Vamos, yo no te recomendaría nunca declarar ni que has sido feliz ni que lo eres, ni que te lo pasas bien, ni mucho menos pasar a pensar que eso tiene que ver con que la madre haya sido más positiva o menos negativa. Yo digo "Puede que haya en este mundo cosas buenas".

Pero lo que aquí importaba y me parecía sano y necesario es simplemente explicar cómo se mata un niño: sólo hablar de muerte: porque sólo en describir la muerte hay alguna posibilidad de eso que se llama resurrección o rebelión. Sólo en eso. Sin embargo, hablar de la vida y hablar de lo bueno, eso es contribuir al proceso de mortificación.